

“El sábado se hizo para el hombre”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel 16, 1-13

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel:

«¿Hasta cuándo vas a estar sufriendo por Saúl, cuando soy yo el que lo he rechazado como rey de Israel? Llena tu cuerno de aceite y ponte en camino. Te envío a casa de Jesé, el de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí».

Samuel respondió:

«¿Cómo voy a ir? Si lo oye Saúl, me mata».

El Señor respondió:

«Llevas de la mano una novilla y dices que has venido a ofrecer un sacrificio al Señor. Invitarás a Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que has de hacer. Me unguirás al que te señale».

Samuel hizo lo que le había ordenado el Señor.

Una vez llegado a Belén, los ancianos de la ciudad salieron temblorosos a su encuentro.

Preguntaron:

«¿Es de paz tu venida?».

Respondió:

«Sí. He venido para ofrecer un sacrificio al Señor. Purificaos y venid conmigo al sacrificio».

Purificó a Jesé y a sus hijos, y los invitó al sacrificio.

Cuando estos llegaron, vio a Eliab y se dijo:

«Seguro que está su unguido ante el Señor».

Pero el Señor dijo a Samuel:

«No te fijas en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón».

Jesé llamó a Abinadab y lo presentó a Samuel, pero le dijo:

«Tampoco a éste lo ha elegido el Señor».

Jesé presentó a Samá. Y Samuel dijo:

«El Señor tampoco ha elegido a este».

Jesé presentó a sus siete hijos suyos ante Samuel. Pero Samuel dijo a Jesé:

«El Señor no ha elegido a estos».

Entonces Samuel preguntó a Jesé:

«¿No hay más muchachos?».

Y le respondió:

«Todavía queda el menor, que está pastoreando el rebaño».

Samuel le dijo:

«Manda a buscarlo, porque no nos sentaremos a la mesa, mientras no venga».

Jesé mandó a por él y lo hizo venir. Era rubio, de hermosos ojos y buena presencia. El Señor dijo a Samuel:

«Levántate y úngelo de parte del Señor, pues es este».

Samuel cogió el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante.

Samuel emprendió luego el camino de Ramá.

Salmo de hoy

Sal 88, 20. 21-22. 27-28 R/. Encontré a David, mi siervo

Un día hablaste en visión a tus santos:

«He ceñido la corona a un héroe,
he levantado a un soldado de entre el pueblo». R/.

«Encontré a David, mi siervo,
y lo he unguido con óleo sagrado;
para que mi mano esté siempre con él
y mi brazo lo haga valeroso». R/.

«Él me invocará: “Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora”;

y lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 2, 23-28

Sucedió que un sábado Jesús atravesaba un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas.

Los fariseos le preguntan:

«Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?».

Él les responde:

«¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, como entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que sólo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a los que estaban con él?».

Y les decía:

«El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado».

Reflexión del Evangelio de hoy

El hombre mira a los ojos. Dios mira el corazón

Dos personajes contrapuestos aparecen en el primer libro de Samuel. Por una parte Saúl y por la otra David. Son contrapuestos hasta en la estatura. Saúl un hombre alto, fornido. David de estatura más bien baja. Es el pequeño de sus hermanos. Saúl ha sido rechazado como rey de Israel por no haber seguido la palabra de Señor. David, pese a su juventud, ha sido ungido por Samuel. El espíritu del Señor está con él.

¿Por qué fue elegido David? No por su aspecto físico ni, tampoco, por sus cualidades humanas. Fue elegido por lo que tenía en el corazón. Y en su corazón había una relación sincera con Dios, una fe auténtica.

Esta lectura de hoy nos invita a todos a ahondar en nuestro interior y ver qué es lo que cultivamos en él. ¿Amor a la palabra de Dios? ¿Fidelidad a ese buen Padre que es Dios? O, por el contrario, nuestro corazón está lleno de cosas ajenas a Dios. Con frecuencia, abundan los juicios a los demás, olvidando que Dios es el único que sabe lo que hay en cada uno. Dejemos que sea Él quien mire cada corazón. También puede haber rencores que nos alejan de determinadas personas. Rechazos instintivos a otros...Es preciso, como seguidores de Jesús, examinarnos desde el fondo del corazón y buscar ser fieles a lo que Él espera de nosotros. Quien ama espera lo mejor del ser amado. Ese es Dios: alguien que desea ver en el corazón de cada uno el reflejo de su amor y encontrar en cada uno la fidelidad fruto de ese amor nuestro.

Preguntemonos con sinceridad: ¿Cómo nos dirigimos a Él? ¿Cómo nos dirigimos a los demás? ¿Estará Dios contento de lo que encuentra en nuestro interior?

El sábado se hizo para el hombre

Jesús cumplía las leyes, pero nunca fue un leguleyo. Nunca fue esclavo de ley, cuando ésta no favorecía a las personas. Por eso, muchas veces, se enfrenta a los leguleyos, esos cuya misión es vivir esclavos de la ley sin mirar más allá, es decir sin mirar el por qué y para qué de la ley.

La realidad parece indicar que hoy no existen tantos los leguleyos; creo que abundan más los relativistas. ¿Hemos de atenernos constantemente a las leyes y vivir esclavizados por ellas? ¿Tenemos que vivir al margen de toda ley? Ahí se juega nuestro presente; ahí entramos en la eterna batalla que sólo podemos superar mirando el actuar de Jesús. No es nada fácil, pues es exigente, pero es lo que nos corresponde como seguidores suyos. Él siempre mira el bien de las personas y lo único que desea es favorecer a quien encuentra necesitado, aunque sea yendo más allá de la ley. Su única ley es el amor. San Agustín lo concretó en esa célebre frase, dirigida a personas maduras: "ama y haz lo que quieras".

Jesús cuestiona a los escribas y fariseos –los entendidos de su tiempo- porque han hecho de las leyes una pesada carga para todo el pueblo.

Detrás de estas palabras de Jesús, y extendiendo nuestra mirada más allá de nuestros intereses, podemos descubrir que viviendo al margen de la ley es fácil que acabemos siendo esclavos de realidades que están hechas para el hombre, pero con el riesgo de acabar siendo esclavo de ellas. El dinero, la obsesión por el deporte, los bienes materiales, el vino como dependencia, las drogas,... Eso sí es triste. Olvidamos las leyes de Dios para someternos a la esclavitud de todo lo que nos destruye. La consecuencia es que nos vamos desviando de Dios y de sus leyes y acabamos siendo esclavos y esclavizando a las personas.

No se trata de vivir sin leyes. Se trata de entender y vivir la ley, como Jesús la vivió. Él no es de la escuela del relativismo; tampoco del legalismo. Él es esclavo de hacer el bien a las personas. Su actuación está dirigida por el amor. A ello nos invita constantemente en su evangelio.



Fray Salustiano Mateos Gómara O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Santa Inés

*Virgen y mártir
Roma, siglos III-IV*

Santa Inés es una de las más célebres vírgenes y mártires de las persecuciones romanas. Su alabanza resonó por toda la Iglesia y se hicieron eco de su virginidad y su martirio los Santos Padres y los escritores eclesiásticos. Su elogio en el Martirologio Romano es éste:

«En Roma, el triunfo de Santa Inés, virgen y mártir, la cual, por orden del prefecto Sinfronio, fue echada al fuego, que se apagó por la oración de la santa, y fue pasada a cuchillo. De ella escribe San Jerónimo estas palabras: En los escritos y lenguas de todo el mundo, especialmente en las iglesias, es alabada la vida de Inés, porque venció a la tierna edad y al tirano, y consagró con el martirio el título de la castidad.»

Los elogios a la santa siempre subrayan la doble corona con la que fue coronada: la de la virginidad, que de ningún modo quiso perder, y la del martirio, pues dio la vida a causa de su fe cristiana: la castidad virginal y la fortaleza de la fe.

La leyenda forjó unas actas que no pueden admitirse como auténticas, y por ello lo mejor es retener los datos que la tradición hizo llegar a los Santos Padres de los siglos IV y V y por los cuales la alabanza de Inés, como queda dicho, estuvo en la boca de todos.

En primer lugar, hay que decir que se trataba de una joven romana y que Roma fue el teatro de su martirio, la propia capital del Imperio. Los autores han titubeado entre las persecuciones de mediados del siglo III o la de comienzos del siglo IV. Esto último es lo más común y tradicional.

En segundo lugar, hay que afirmar que era una joven de pocos años, unos 13 más o menos, dato este que resalta en la tradición, pues llamó la atención que con tan poca edad tuviera tanta fortaleza, y que no teniendo edad para ser testigo en un juicio, fuera sin embargo testigo (mártir) de Cristo.

En tercer lugar, hay que decir que se trataba de una joven que había consagrado su virginidad a Cristo, una virgen consagrada, y que por ello rechazaba el matrimonio, pues su alma ya tenía un esposo que era Cristo, al que de ningún modo deseaba ser infiel. Que un pretendiente, despedido de su no aceptación, la denunciara como cristiana no es inverosímil. El despecho lleva fácilmente a la venganza, y vengarse de los cristianos era absolutamente fácil.

En cuarto lugar, hay que decir que confesó intrépidamente a Cristo y que no sirvieron amenazas ni malos tratos ni tormentos para hacerla desistir de su propósito de servir a Cristo y de serle fiel. En realidad más parece que ella misma se presentó como cristiana que no que fuera delatada como seguidora del Evangelio.

En quinto lugar, hay que decir que, aunque una tradición sobre su martirio habla del fuego, lo probable es que fuera muerta al atravesarle una espada o espadín la garganta, forma común de ejecución en Roma. El elogio del Martirologio retiene ambas tradiciones —fuego y espada— como forma de sintetizar la contradicción entre ambas.

Fue enterrada en la vía Nomentana, donde luego la princesa Constantina le erige una basílica, y sus reliquias parecen ser auténticas.

La fiesta de Santa Inés se halla en todos los martirologios, y en Roma se celebraban dos días de su fiesta: el 21 de enero, día de su martirio, y el día 28, llamado de Santa Inés segundo, y correspondiente al día octavo de su triunfo.

José Luis Repetto